

IGLESIA DE CRISTO REDENTOR
BUENOS AIRES, ARGENTINA
VIDA EN COMUNIDAD

Jonathan Hanegan

¡Cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos convivan en armonía!

Salmo 133:1 NVI

¿Qué es la comunidad?

La comunidad es el cuerpo de Cristo. *Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro de ese cuerpo. . . . también nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás* (1 Corintios 12:27; Romanos 12:5).

¿Quién formó la comunidad y a qué precio?

Dios formó la comunidad de creyente. *Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado* (Efesios 1:4-6). El precio fue la preciosa sangre de Jesucristo. *Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto* (1 Pedro 1:18-19).

¿Quiénes forman parte de la comunidad y a qué precio?

Los seguidores / discípulos de Jesús forman parte de la comunidad. Leemos que aquellos que se arrepintieron de sus pecados y fueron bautizados *se unieron a la iglesia* ese día (Hechos 2:41). El precio de formar parte la comunidad es la confesión, el arrepentimiento, la auto negación (dar muerte a nuestro egoísmo) y el seguimiento. *Si alguien quiere ser mi discípulo – dijo Jesús – que se niegue a sí mismo, lleve su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa y por el evangelio, la salvará* (Marcos 8:34-35).

Vivir en comunidad significa vivir de una manera radicalmente diferente a la de antes.

«Comunidad cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo. . . . Si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en Jesucristo» (p. 13).

– Dietrich Bonhoeffer

¿Qué significa eso?

1. Jesucristo es el que fundamenta la necesidad que los creyentes tienen unos de otros.
2. Sólo Jesucristo hace posible su comunión.
3. Jesucristo nos ha elegido desde toda la eternidad para que nos recibamos durante nuestra vida y nos mantengamos unidos siempre.

¿Quiénes son los cristianos?

¿Por qué los cristianos necesitan los unos a los otros?

Según Bonhoeffer, la meta del encuentro con el hermano es «para que revelemos mutuamente la buena noticia de la salvación». Necesitamos del otro porque «el Cristo que llevemos en nuestro propio corazón es más frágil que el Cristo en la palabra del hermano» (p. 15).

¿Quiénes son mis hermanos y hermanas?

Son parte del mismo cuerpo de Jesús. Nuestros destinos están entrelazados, vinculados por toda la eternidad. Estamos unidos por y con Jesucristo.

¿Cuál es nuestra obligación con nuestros hermanos y hermanas?

Nuestra obligación es hacer lo que Dios ha hecho con nosotros: amar, perdonar y mostrar misericordia. Solamente así sabremos si hemos entendido su amor para nosotros (cf. 1 Juan 2:3-6).

Sean mutuamente acogedores, como Cristo los acogió a ustedes para la gloria de Dios.

Romanos 15:7, Libro del Pueblo de Dios

«Yo soy hermano de mi prójimo gracias a lo que Jesucristo hizo por mí; mi prójimo se ha convertido en mi hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por él. Todo esto es de una gran trascendencia. Porque significa que mi hermano, en la comunidad, no es tal hombre piadoso necesitado de fraternidad, sino el hombre que Jesucristo ha salvado, a quien ha perdonado los pecados y ha llamado, como a mí, a la fe y a la vida eterna. Por tanto, lo decisivo aquí, lo que verdaderamente fundamenta nuestra comunidad, no es lo que nosotros podamos ser en nosotros mismos, con nuestra vida interior y nuestra piedad, sino aquello que somos por el poder de Cristo. Nuestra comunidad cristiana se construye únicamente por el acto redentor del que somos objeto» (p. 17).

¿Cuáles son mis expectativas de la comunidad?

Nuestras expectativas humanas de la comunidad pueden amenazar a la comunidad.

La fraternidad cristiana vs. un sueño de la comunidad piadosa

La fraternidad cristiana es una realidad dada por Dios.

La fraternidad cristiana es consciente de sus fallas y alcanza la promesa de Dios.

La comunidad piadosa es un ideal humano, una imagen quimérica de comunidad.

La comunidad piadosa se desinfla porque está construida sobre la arena, es mentira.

La gracia de Dios constantemente destruye esta clase de sueños.

Quien proyecte sus sueños humanos sobre la comunidad real representa un peligro y una amenaza para la comunidad por más sinceras, serias y honestas sean sus intenciones personales (p. 19).

¿Cuáles son algunos ejemplos de la idealización de la comunidad o de la idolatrización de la comunidad? ¿Cómo representan un peligro para la comunidad que tanto idealiza?

Por ejemplo, cuando exigimos lo imposible a Dios, a nuestros hermanos o a nosotros mismos; cuando nos volvemos jueces legalistas de nuestros hermanos; cuando no perdonamos a nuestros hermanos cuando Jesús ya los perdonó.

Cuando nos damos cuenta que Dios ha diseñado la comunidad y ha puesto el fundamento quien es Jesús, no entramos en la comunidad con exigencias sino con agradecimiento y aceptación.

Pero, ¿qué pasa cuando nos decepcionan nuestros hermanos porque no viven a la altura del llamado de Jesús?

La oportunidad de dar gracia y extender el perdón de Dios nos hace comprender que no podemos vivir de nuestras propias palabras y de nuestras obras, sino únicamente de la palabra y de la obra de quien nos une, Jesucristo. La verdadera comunidad cristiana nace cuando, dejándonos de ensueños, nos abrimos a la realidad que nos ha sido dada (ps. 20-21).

«Debemos dar gracias a Dios diariamente por la comunidad cristiana a la que pertenecemos. Aunque no tenga nada que ofrecernos, aunque sea pecadora y de fe vacilante, ¡qué importa! Pero si no hacemos más que quejarnos ante Dios por ser todo tan miserable, tan mezquino, tan poco conforme con lo que habíamos esperado, estamos impidiendo que Dios haga crecer nuestra comunidad, según la medida y riqueza que nos ha dado en Jesucristo» (p. 21).

Seamos agradecidos por la comunidad que Dios nos ha dado.

«La fraternidad cristiana no es un ideal a realizar sino una realidad creada por Dios en Cristo, de lo que él nos permite participar. En la medida en que aprendamos a reconocer que Jesucristo es verdaderamente el fundamento, el motor y la promesa de nuestra comunidad, en esa misma medida aprenderemos a pensar en ella, a orar y esperar por ella, con serenidad» (ps. 22-23).

La comunidad cristiana nace del deseo de Dios.
La comunidad, por lo tanto, es de orden espiritual y no psíquico.

Orden espiritual: nace como un don o regalo del Espíritu Santo
Orden psíquico: nace de deseos humanos y de nuestro esfuerzo

Por eso, nuestra comunidad no descansa sobre nuestra voluntad sino la voluntad de Dios. Está basada en la palabra, la acción y en el deseo de Jesucristo. La comunidad debe reflejar la verdad revelada de Dios y no las pasiones o caprichos de los seres humanos.

La comunidad espiritual anda en luz y se rige por el *ágape* (amor desinteresado).
La comunidad humana anda en tinieblas y se rige por el amor *eros* (amor interesado).

El amor *ágape* alimenta el servicio fraterno y el amor *eros* la codicia.
El *ágape* es humilde y sumiso y el *eros* lleva a un servicio hipócrita de los propios deseos.

En la comunidad espiritual es la Palabra de Dios que gobierna.
En la comunidad humana es el hombre que se impone y domina sin Dios.

En la comunidad espiritual el prójimo es un sujeto.
En la comunidad humana el prójimo es un objeto.

En la comunidad espiritual uno ama al prójimo por Cristo.
En la comunidad humana uno ama al otro por sí mismo, por su propio interés.

En la comunidad espiritual uno sirve al prójimo por Cristo.
En la comunidad humana uno reclama al prójimo amor y compañía.

«El amor psíquico no soporta que, en nombre de la verdadera comunidad, se destruye la falsa comunidad que él ha imaginado; y es incapaz de amar a su enemigo, es decir, a quien se le oponga seria y obstinadamente. Ambas reacciones surgen de la misma fuente: el amor psíquico es esencialmente deseo, y lo que desea es una comunidad a su medida. Mientras encuentre medios para satisfacer este deseo, no lo abandonará ni por la misma verdad o la verdadera caridad [amor]. Cuando no pueda satisfacerlo, habrá llegado al final de sus posibilidades y se encontrará en un ambiente hostil. Entonces se trocará fácilmente en odio, desprecio y calumnia» (p. 26).

El amor psíquico exige adoración y sumisión total.
El amor espiritual sirve al prójimo por Jesucristo.

No tenemos acceso directo a nuestros hermanos y hermanas, Cristo es nuestro mediador.

«Entre mi prójimo y yo está Cristo. Por eso no me está permitido desear una comunidad directa con mi prójimo. Únicamente Cristo puede ayudarme, como únicamente Cristo ha podido ayudarme a mí. Esto significa que debo renunciar a mis intentos apasionados de manipular, forzar o dominar a mi prójimo. Mi prójimo quiere ser amado tal y como es, independientemente de mí, es decir, como aquel por quien Cristo perdonó y destinó a la vida eterna. En vista de que, antes de toda intervención por mi parte, Cristo ha actuado decisivamente en él, debo dejar libre a mi prójimo para el Señor, a quien pertenece, y cuya voluntad es que yo lo reconozca así.

Esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que no podemos encontrar al prójimo sino a través de Cristo. El amor psíquico crea su propia imagen del prójimo, de lo que es y de lo que debe ser; quiere manipular su vida. El amor espiritual, en cambio, parte de Cristo para conocer la verdadera imagen del hombre; la imagen que Cristo ha acuñado y quiere acuñar con su sello» (ps. 27-28).

Por eso, debemos esforzarnos para «situar al prójimo delante de Cristo».

¿Qué significa situar al prójimo delante de Cristo?

«El amor psíquico vive del deseo turbador incontrolado en incontrolable; el amor espiritual vive en la claridad del servicio que le asigna la *verdad*. El uno esclaviza, encadena y paraliza al hombre; el otro le hace *libre* bajo la autoridad de la palabra. El uno cautiva flores de invernadero; el otro produce *frutos* saludables que crecen, por voluntad de Dios, en libertad bajo el cielo, expuestos a la lluvia, al sol y al viento» (p. 28).

Resumen:

¿Cómo distinguimos entre el ideal humano y la realidad de la comunidad de Dios?

¿Cómo distinguimos entre el amor de orden espiritual y de orden psíquico?

«La vida de una comunidad bajo la autoridad de la palabra sólo se mantendrá vigorosa en la medida en que renuncie a querer ser un movimiento, una sociedad, una agrupación religiosa, un *collegium pietatis*, y acepte ser parte de la Iglesia cristiana, una, santa y universal, participando activa o pacientemente en las angustias, luchas y la promesa de toda la Iglesia» (p. 29).

¿Agradecemos a Dios por nuestra comunidad?

¿Esperamos de los demás lo que sólo Dios nos puede ofrecer?

Sólo por Jesús tenemos acceso los unos a los otros.

Sólo Jesús nos permite vivir en comunidad de gozo y paz.

Fuente:

Dietrich Bonhoeffer. (2005). *Vida en comunidad*. Salamanca: Ediciones Sígueme.